

LA UNIDAD DE LA TRANSMISION DE LA FE.
A PROPÓSITO DEL PLAN PASTORAL
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

MANUEL DEL CAMPO GUILARTE
MADRID

I. INTRODUCCIÓN

Cuando en el verano del año 2000 tuve la oportunidad de conocer el Plan Pastoral para la Archidiócesis de Madrid (2000-2001): *La transmisión de la fe: ésta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia*¹ comprendí inmediatamente la oportunidad e importancia del mismo.

El Sr. Cardenal de Madrid, al proponer como núcleo y eje del trabajo pastoral de la diócesis la realidad de la transmisión de la fe, había tomado, a mi juicio, una decisión certera por su oportunidad ante la situación cultural y religiosa de nuestros días, y, sobre todo, una decisión necesaria por la centralidad eclesial del objeto mismo propuesto a la consideración de sus diocesanos y a su quehacer pastoral.

Finalizado el curso 2000-2001, en continuidad con este Plan de Pastoral y como un desarrollo necesario del mismo, el Sr. Cardenal ha querido de nuevo insistir en la transmisión de la fe, centrando ahora la atención en la *celebración de los sacramentos*, con especial incidencia en los de la iniciación cristiana².

¹ *La transmisión de la fe: esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia*. Plan Pastoral para la Archidiócesis de Madrid. Curso 2000-2001 (Junio 2000).

² *La transmisión de la fe: esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia. Los Misterios de la fe que profesamos en el credo, los celebramos en los sacramentos*. Propuestas pastorales para el curso 2001-2002 (Julio 2001).

Todo el rico conjunto de indicaciones, orientaciones teológicas y principios de actuación pastoral que se exponen a lo largo de estos dos cursos pastorales (2000-2001 y 2001-2002) y que se articulan, a mi entender, en un único Plan de Pastoral para expresar mejor la unidad esencial del objeto propuesto, en un desarrollo operativo que comprende dos etapas (dos cursos pastorales), ponen de manifiesto la decisión de llevar a la conciencia de todos, especialmente de los pastores, la necesidad y prioridad de la transmisión de la fe como tarea ineludible de la Iglesia (cf. 2 Tm 2,1-7; 1 Co 15,1-3; 1 P 2,9; 3,15; DV 7) que debe ser actualizada hoy con renovado empeño y vigor (cf. 2 Co 6,2; DV 8). Prioridad y centralidad de la transmisión de la fe que reiteradamente viene reclamando el Sr. Cardenal y que constituye, a mi entender, una de las claves de su ministerio episcopal³.

Ahora bien, junto a esta determinación, que pone de manifiesto en su concreción pastoral aquello que constituye el centro de la vida y de la misión de la Iglesia, como es la realidad de la revelación y de su transmisión, existe en este Plan de Pastoral una dimensión de fondo, no sólo estratégica, que merece ser resaltada. Es el empeño por llevar a la conciencia de todos la esencial relación de unidad que existe entre la profesión y la celebración de la fe, la íntima e irrenunciable conexión entre el anuncio de la fe y la celebración de los sacramentos.

Así se desprende de la explícita voluntad de proponer, como he dicho antes, un mismo plan para dos cursos o etapas pastorales, y así aparece explicitado en las dos propuestas pastorales. Obsérvese, al respecto, lo que se afirma en el texto pastoral del curso 2001-2002: "Os invito a todos a que nos sintamos llamados a anunciar explícita y gozosamente, con nuevo vigor, a Jesucristo, Señor de la vida y de la historia; a proclamar la fe que nos salva, la fe de la Iglesia que, fiel al mandato de Cristo, no ha dejado de transmitir y celebrar a lo largo de estos veinte siglos los misterios que nos dan la vida y que nos anticipan una plenitud dichosa junto al Padre en la vida eterna"⁴. Del mismo modo, en el texto pastoral del año 2000-2001, se afirma lo siguiente: "En la transmisión de la fe se asocia indisolublemente la profesión de fe del Credo con la celebración de los sacramentos, entendidos como lo que son: acciones salvíficas de Jesucristo que prolonga su obra en el tiempo

³ Así puede verse en sus frecuentes intervenciones como pastor de la diócesis de Madrid y como presidente de la Conferencia Episcopal Española.

⁴ *La transmisión de la fe... Propuestas pastorales para el curso 2001-2002*, n. 9.

por medio de la Iglesia. Los misterios de la fe que profesamos en el Credo los celebramos en los sacramentos”⁵.

En estos momentos en que aún subsisten en no pocos convicciones y prácticas pastorales que tienden a establecer distinciones y distancias (y no sólo en los tiempos), entre el anuncio del Evangelio y la celebración de los misterios de la fe, haciendo pervivir el viejo e inusitado ‘slogan’ que invitaba a contraponer el anuncio de la fe y la celebración de los sacramentos (“evangelización *versus* sacramentalización”), debilitando así el empeño y el vigor evangelizador de nuestras comunidades, parece oportuno y necesario acentuar en todas las instancias, también en la acción pastoral, la atención a la unidad de la profesión de la fe y de los sacramentos.

Al servicio de esta propuesta pastoral que mira a la presencia y transmisión de la fe en la Iglesia como un proyecto unitario, quiero ofrecer estas consideraciones, reflexionando sobre el fundamento teológico y pastoral de dicha unidad.

II. LA REVELACIÓN Y SU TRANSMISIÓN

Emprendemos este camino reflexivo apoyándonos en las palabras de la Constitución dogmática sobre la Divina Revelación del Concilio Vaticano II: “Quiso Dios, en su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina”⁶.

En su revelación, por su libre iniciativa, Dios se hace presente en la historia del mundo y se comunica a los hombres para manifestarles su designio de salvación. En Jesucristo se entrega a sí mismo para llevarles a participar de la vida divina y hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos (cf. Ef 1,4-5). De modo que, cuando Dios se comunica a sí mismo, haciendo a los hombres capaces de conocerle y amarle por encima de lo que por sí mismos pudieran alcanzar, otorga también a la humanidad la vía cierta y dichosa de la salvación. De este modo la revelación implica la unidad profunda e indisoluble entre el acontecimiento de la entrega de Dios y la salvación del hombre;

⁵ *La transmisión de la fe... Plan pastoral para la Archidiócesis de Madrid*. Curso 2000-2001, n. 18.

⁶ DV 2.

entre la manifestación de sí y de su voluntad y el cumplimiento en el ser humano de la vida en plenitud.

Culmen y plenitud de esta revelación es Jesucristo, que lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le encargó: “La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre, que transmite la revelación, resplandece en Cristo mediador y plenitud de toda revelación”⁷. Cristo anuncia la salvación a los hombres y en Él está presente en el mundo de modo pleno y definitivo la salvación que anuncia. “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo” (Hb 1,1-2). Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre es la palabra única, perfecta y definitiva del Padre. En Él Dios lo ha dicho todo, en su Verbo, y no habrá otra palabra más que ésta. Como dice San Juan de la Cruz comentando el texto de Hb 1,1-2: “Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola palabra”⁸.

Esta revelación de Dios en Cristo, que es escatológica, es decir, última, definitiva e irrebalsable, pues ha acontecido de una vez para siempre en Jesucristo, es, a la vez, histórica, es decir, ha de ser actualizada históricamente mediante la Iglesia para que pueda llegar a los hombres de las sucesivas generaciones, pues “quiso Dios que lo que había revelado para la salvación de todos los pueblos se conservara siempre íntegro y fuera transmitido a todas las generaciones”⁹.

Y así los apóstoles recibieron de Cristo el mandato de predicar y transmitir fielmente lo que habían recibido de Cristo: “el Evangelio como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta”¹⁰. Y “para que este Evangelio se conservara siempre vivo y entero en la Iglesia, los apóstoles nombraron como sucesores a los obispos, dejándoles su cargo en el ministerio”¹¹. Por eso será misión propia de los obispos confesar la fe de los apóstoles a lo largo de toda la historia, actualizando así la predicación apostólica, que no es sino el testimonio de los apóstoles sobre Jesucristo, el cual a su vez es testimonio del Padre. He aquí la transmisión viva, llevada a cabo por el Espíritu Santo y llamada Tradición: “Así la comunicación que el Padre ha hecho de sí mismo por el Verbo en el Espíritu Santo sigue presente y activa en la Igle-

⁷ DV 3.

⁸ S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo* 2, 22, 3-5.

⁹ DV 7.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ *Ibíd.*

sia”¹². Por voluntad de Dios, en definitiva, la revelación se transmitirá históricamente de generación en generación, ya que Dios mantiene su iniciativa soberana no sólo sobre el acontecimiento mismo de la revelación, sino también en la transmisión de la misma a lo largo de las sucesivas generaciones. Por el Espíritu Santo va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la Palabra de Cristo¹³, manteniendo en definitiva la presencia de la gracia salvífica en la historia¹⁴.

III. LA PRESENCIA Y LA OBRA DE LA SALVACIÓN EN Y POR LA IGLESIA

Lo que ocurrió de una vez para siempre con Jesucristo, la efusión del Espíritu Santo y la constitución de la Iglesia se actualiza en el tiempo en y por la Iglesia desde sus orígenes¹⁵. La entrega personal de Dios que se revela en Jesucristo se hace presente por la Iglesia y en la Iglesia. Es Dios mismo por medio de la Iglesia, como órgano suyo, quien lleva a cabo esta actualización. Se sirve de la Iglesia para, en el tiempo y en el espacio, hacer presente la palabra de la revelación: “Ahora es el tiempo de la gracia, ahora es el día de la salvación” (2 Cr 6,2).

Así pues, en este proceso de transmisión y actualización de la revelación la Iglesia no es una realidad exterior al acontecimiento de la revelación, una comunidad preexistente a la que se le hace entrega de la revelación, sino, bien al contrario, la Iglesia es en sí misma un elemento constitutivo de la revelación; es, en su esencia, presencia permanente en la historia y lugar propio de la revelación acontecida en Cristo, de modo que toda ella está constituida y ordenada a la transmisión de la revelación¹⁶.

En efecto, Dios constituye un Pueblo, puesto que la revelación está ordenada por iniciativa divina a la salvación de toda la comunidad humana: “Dios quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, dice el Concilio Vaticano II, sino hacer de ellos un Pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa”¹⁷. Y así,

¹² *Catecismo de la Iglesia Católica* 79.

¹³ Cf. DV 8.

¹⁴ Para una más amplia reflexión, cf. A. DARLAP, “Teología fundamental de la historia de la salvación”, en: *Mysterium Salutis*, vol. I, tomo 1 (Madrid 1969) 123-126.

¹⁵ Cf. DV 7-8.

¹⁶ Cf. M. J. LE GUILLOU, *El misterio del Padre* (Madrid 1998) 63-73.

¹⁷ LG 9.

eligió a Israel como Pueblo suyo y creó la comunidad del pueblo de la Alianza a quien hizo portador de la verdad de la revelación en un determinado tiempo histórico, como preparación y figura de la Alianza nueva que iba a realizar en Cristo constituyendo el Nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, para que fuera, en su unidad y totalidad, sujeto receptor y portador de la revelación plena y definitiva que Dios lleva a cabo en la persona de Jesucristo (cf. Jr 31,31-34; 1 Co 11,25; 1 P 2,9-10). En ella nos ama y por ella vertió su sangre (cf. Hch 20,28). Cristo entregado a su Iglesia es el acontecimiento revelado e igualmente el principio de la tradición. La *traditio Christi Ecclesiae*, que es la causa de la recepción del misterio de Cristo por parte de los apóstoles y da lugar a la *traditio apostolica*, es, a la vez, el hecho originante y primordial de toda ulterior transmisión oral o escrita.

La Iglesia de Jesucristo es pues *Creatura Verbi*, Cuerpo de Cristo edificado por la Palabra y los sacramentos, de modo que en la unidad de este Cuerpo alcanza la revelación de Dios su meta y su presencia salvífica en el mundo como sacramento visible de la unidad que nos salva¹⁸.

Por medio de la Iglesia la revelación estará constantemente presente en el mundo. No porque la Iglesia pueda disponer por sí misma de la presencia salvífica de Dios, sino porque es Dios mismo quien crea su propia presencia salvífica en la historia. Es Él quien dispone de su Iglesia para hacerse presente. Es Él quien ha querido vincularse a la Iglesia y constituir la en lugar de salvación. Como afirma la Declaración *Dominus Iesus*, "El Señor Jesús, único salvador constituyó a la Iglesia como misterio salvífico: El mismo está en la Iglesia y la Iglesia está en Él... Jesucristo, en efecto, continúa su presencia y su obra de salvación en la Iglesia y a través de la Iglesia que es su Cuerpo"¹⁹. Es en la Iglesia donde por obra del Espíritu santificador se realiza la salvación, es "en su Iglesia, como afirma H. de Lubac, donde Dios nos ve y nos ama, donde Dios nos quiere y donde nosotros le encontramos, es en ella donde nosotros nos adherimos a Él y donde Él nos hace felices"²⁰.

Por eso se ha podido afirmar que la creación y constitución de la Iglesia, así como su mantenimiento, constituye el fin histórico de la revelación de Dios. Una Iglesia que se manifestará históricamente unida por Cristo en el Espíritu Santo (cf. Jn 14,23; Rm 8,9), en la transmisión fiel del testimonio

¹⁸ Cf. LG 9.

¹⁹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración "Dominus Iesus"* 16.

²⁰ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia* (Madrid 1980) 46.

apostólico: en la confesión de la fe, en la celebración de la presencia salvífica de Dios y en la comunión filial y fraterna de la vida comunitaria²¹.

Es pues, a través de la Iglesia y por su mediación, mediante su testimonio vivo de la fe, su anuncio y celebración, cuando se actualiza en la historia la revelación de Dios²²; cuando la Palabra de Dios, pronunciada de una vez para siempre en Cristo es actualizada en la Iglesia y transmitida a través de toda su vida²³; cuando Dios continúa a través de ella su diálogo de salvación con el hombre. En definitiva, el acontecimiento revelador de la entrega de Dios y de su voluntad de asociar al hombre a su amor constituye a la Iglesia haciéndola "sacramento, signo e instrumento" (es decir, signo pleno de realidad) de la íntima unión del hombre y de la humanidad con Dios²⁴.

He aquí la misión confiada por Dios a su Iglesia: hacer presente la Palabra definitiva de Dios que es Cristo, para que lo mismo que sucedió en los testigos del resucitado, pueda suceder siempre en los creyentes de todos los tiempos (cf. Jn 20,21; Lc 24,48; Jn 14,15; Hch 1,5; Rm 8,16; 10,14). Por eso en su raíz y en sentido propio la evangelización es la mediación de la Iglesia al servicio del acontecimiento de la revelación por la que Dios mismo se entrega constantemente a los hombres de todos los tiempos y se inicia y desarrolla con ellos por mediación de la Iglesia el diálogo de la salvación. En este sentido hemos de afirmar que la Iglesia evangeliza siempre; jamás ha interrumpido el camino de la evangelización marcado por su Señor: celebra cada día los sacramentos, anuncia la palabra de la vida, se empeña por la justicia y la caridad.

Sin embargo ha de preguntarse en cada comunidad particular, en cada circunstancia de tiempo, cultura y lugar, sobre la permanencia de la evangelización y la fidelidad a la misma, frente al riesgo de su debilitamiento y aún de su interrupción²⁵. Ha de preguntarse si en todo su quehacer es una comunidad eclesial "centrada en Cristo al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste"²⁶.

²¹ Cf. J. FEINER, "La presencia de la revelación por medio de la Iglesia", en: *Mysterium Salutis*, vol. I, tomo 2 (Madrid 1969) 580ss.

²² Cf. DV 8.

²³ *Ibíd.*

²⁴ Cf. LG 1.

²⁵ Cf. ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS 1985, *Relación final* II, B, 13.

²⁶ JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte* 29.

IV. EL PROCESO DE LA TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN

Una vez que hemos visto que la Iglesia es, en su esencia, presencia histórica de la revelación y sujeto receptivo de la misma, reflexionemos ahora sobre el proceso de la transmisión de la revelación a través de la Iglesia, que constituye, como hemos visto, su misión propia, llevando a cumplimiento la revelación acontecida en Cristo.

La revelación tiene lugar por voluntad de Dios a través de la palabra y de la acción salvadora indisolublemente unidas y relacionadas²⁷. Es al mismo tiempo verdad y gracia salvadora. En Jesucristo, en quien la revelación alcanza su punto culminante, Dios manifiesta en plenitud su voluntad salvífica: Cristo es anuncio y es también presencia real de la gracia de la salvación en la historia; es donación de un conocimiento acerca de Dios, pero también comunicación y encuentro de los hombres dispersos por el pecado con Dios; es verdad y gracia salvífica.

En efecto, Cristo anuncia la salvación (la verdad de la salvación) y en Él está presente en el mundo la salvación que anuncia (se hace realidad la gracia de la salvación). Como afirma San Juan “está lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 14) porque en la humanidad de Jesús está Dios presente como gracia que triunfa sobre el pecado y a la vez como verdad que supera la esclavitud de la ignorancia y del error. Como palabra definitiva del Padre, Cristo anuncia su gracia salvadora y la hace presente en la historia.

Si como hemos dicho la revelación de Dios en Cristo está históricamente presente en la Iglesia y es en ella donde esta revelación puede ser percibida y conocida como tal; si la misión de la Iglesia, en consecuencia, consistirá en llevar a cumplimiento la revelación acontecida en Cristo, esto quiere decir, que ella debe transmitir a lo largo de la historia tanto la verdad de la revelación, como la gracia de la salvación dada en Jesucristo.

Por esto, la transmisión de la revelación a través de la Iglesia no es sólo presencia de la verdad y profesión de la verdad de la fe que revela la gracia de Dios. Es también presencia de la realidad misma de la gracia, de la comunicación de la gracia del perdón, de la renovación del ser humano y de la vida nueva en Jesucristo.

Luego la transmisión de la revelación se realizará en la Iglesia a través de su palabra y de su acción, indisolublemente unidas, ya que la palabra de la Iglesia está presente en su acción y en ella es percibida; y la acción de la Iglesia necesita ser interpretada y aclarada por la palabra.

²⁷ Cf. DV 2.

En el anuncio del Evangelio se da también la acción de la gracia. No hay sacramentos sin palabra y ésta, a su vez, alcanza su culmen en los sacramentos, como la forma más intensa de la palabra de Dios. Palabra y acción, pues, de la Iglesia, presentes ambas y unidas en las funciones y ministerios propios de la misma²⁸. En el "oficio" o ministerio de enseñar en el que la Iglesia despliega su palabra, ésta estará presente bajo distintas formas: la palabra de la confesión de la fe, del testimonio, de la predicación, de la enseñanza doctrinal, de la catequesis, de la reflexión teológica... De igual modo, en el ministerio u "oficio" de santificar en el que la acción de la Iglesia se expresará de modo eminente, aunque no único, en el culto y en las acciones sacramentales que actualizan, en conexión con la palabra, el misterio salvífico de Cristo.

En efecto, la liturgia, que es "realización del ministerio sacerdotal de Cristo"²⁹, es el primer modo de transmisión de la revelación. Es transmisión en acto, a través del cual la Iglesia transmite la fe de modo eminente, pues la enseña, la celebra y realiza. Por los sacramentos, signos que significan y confieren la gracia, la Iglesia actualiza la voluntad salvífica de Cristo.

Junto a esta expresión principal de la gracia de la salvación, habrá también en la Iglesia otras manifestaciones de la misma, como es la vida de los santos y de los testigos de la fe.

V. TRANSMISIÓN DE LA FE Y MATERNIDAD DE LA IGLESIA: LA INICIACIÓN CRISTIANA

La Iglesia, que contiene en sí la memoria y la presencia de la revelación de Dios en Cristo, realiza la transmisión de la misma a través de toda su vida. Como ha afirmado el concilio Vaticano II: "La Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree"³⁰; y será mediante la integración e incorporación a ella, siendo "asociados y añadidos" a la Iglesia (cf. Hch 2, 41) como los hombres acceden a la fe y a la salvación.

Y así la Iglesia en la transmisión de la revelación actúa como madre de los hombres que engendra a unos hijos nacidos de Dios: "La Iglesia se convierte en madre por la Palabra de Dios acogida con fe, ya que por la predica-

²⁸ Cf. H. FRIES, *Conceptos fundamentales de teología* III (Madrid 1968) 295-333.

²⁹ SC 7.

³⁰ DV 8.

ción y la celebración de los sacramentos engendra para una vida nueva e inmortal a unos hijos concebidos por el Espíritu y nacidos de Dios³¹. De modo que, a través de la Iglesia, a aquellos que han acogido el don de Dios y han sido transformados por la acción de la gracia en nuevas criaturas son asociados y añadidos al número de sus hijos, llevándoles a participar del misterio de verdad y de gracia que ella posee.

Consideremos, aunque sea brevemente, el sentido de este proceso mediante el cual la Iglesia engendra al ser humano a una vida nueva por obra del Espíritu Santo y que reconocemos comúnmente como proceso de iniciación cristiana.

Ya desde los inicios, la Iglesia toma conciencia de su maternidad como realidad de vida que pertenece a su esencia misma y, consciente de esta responsabilidad, ejercerá con empeño y eficacia su función maternal, ayudando a nacer y a crecer a nuevos hijos.

La imagen bíblica de la "Iglesia Madre" será también para los Padres motivo de atención principal en los primeros siglos del cristianismo en los que la Iglesia se está consolidando y desarrollando³². Imagen que, lejos de ser una pura analogía o un simple modo de hablar, es para los Padres signo de la vitalidad y fecundidad perenne de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II, al hablar de la actividad de la Iglesia en el proceso de iniciación cristiana, lo hace en términos de concepción, gestación y alumbramiento por la Iglesia³³. E insta a los pastores de la misma a poner de manifiesto ante todos los hombres, mediante el ejercicio responsable de su ministerio, la "solicitud maternal" de la Iglesia como función propia de su misión³⁴.

Igualmente el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* hace hincapié en las exigencias pastorales que proceden de la maternidad eclesial y pone en evidencia que, siendo la Iglesia entera la que ejercita la función de madre que concibe, lleva en su seno y da a luz a sus hijos, son todos y cada uno de sus miembros en particular, los que deben tomar conciencia de esta responsabilidad³⁵.

³¹ LG 64.

³² Cf. K. DELAHAYE, *'Ecclesia Mater' chez les Pères des trois premiers siècles* (Paris 1964); cf. M. DUJARIER, *Le parrainage des adultes aux trois premiers siècles* (Paris 1962).

³³ Cf. LG 14 y 64.

³⁴ Cf. ChD 13 y PO 6.

³⁵ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* (cf. Observaciones previas).

También hoy entre nosotros, en la medida en que las comunidades cristianas toman seria conciencia de la urgencia y necesidad de la evangelización en la Iglesia y en el mundo actual, aumenta la sensibilidad e interés respecto a la maternidad de la Iglesia y a su ejercicio concreto. Así, puede verse reflejada esta nueva sensibilidad en los testimonios y reflexiones de no pocos pastores y teólogos, tanto desde el punto de vista dogmático como pastoral.

Los Padres aplicaron la imagen de la gestación de un niño en el seno de su madre al proceso de la iniciación cristiana, tal como se desarrollaba en el catecumenado, e integraron en este ejercicio de la maternidad de la Iglesia, de modo unitario y correlativo, tanto el alumbramiento del nuevo ser por la palabra y la fe, como el alumbramiento a la nueva vida por los sacramentos de iniciación³⁶.

La Iglesia ha visto siempre en el bautismo la realización de un nacimiento misterioso por el agua y el Espíritu (cf Jn 3,3; Jn 1,12-13). La fuente bautismal es considerada como el seno materno que engendra y da a luz a los nuevos hijos. Así lo expresa en la bendición del agua bautismal en la celebración de la Vigilia Pascual: "Mira ahora a tu Iglesia en oración y abre para ella la fuente del bautismo. Que esta agua reciba, por el Espíritu Santo, la gracia de tu Unigénito, para que el hombre, creado a tu imagen y limpio en el bautismo, muera al hombre viejo y renazca, como niño, a nueva vida por el agua y el Espíritu". Y en la oración del ministro sobre los que van a ser bautizados: "Que el Espíritu de adopción descienda sobre los nuevos hijos que van a nacer de la fuente bautismal".

Con estas palabras se está expresan la realidad misteriosa de la gestación y del nacimiento sacramental, que en Oriente, acentuando más el aspecto sobrenatural y espiritual, se verá concretado en el momento único y misterioso del bautismo³⁷, mientras que en la opinión de los Padres de Occidente, especialmente en los Africanos³⁸, este nacimiento sacramental será considerado como un nacimiento progresivo que comprende la concepción, la gestación y el alumbramiento.

Y al igual que sucede en la maternidad natural, que necesita de un tiempo de formación y desarrollo, (merece ser destacado, al respecto, el paralelismo

³⁶ Cf. S. BASILIO, *Hom.* XIII,1; cf. S. AGUSTÍN, *De catechizandis rudibus*, XXVI,50; *Id.*, *De div. quaest. ad Simpl.*, I,2,2.

³⁷ Cf. S. JUAN CRISÓSTOMO, *In Io. Hom.* XXVI,1; MG 59,153.

³⁸ Cf. S. AGUSTÍN, *Serm.* 59,IV,5 (PL 38,379). Cf. QUODVULTDEUS, *De symb. ad cat.* I,1,1 (PL 40,637).

tan detallado que establece San Jerónimo entre las etapas de la maternidad natural y el de la maternidad espiritual) el nacimiento a la fe y a la vida cristiana necesitará una maduración, una progresión que va desde la concepción al alumbramiento, pasando por un cierto tiempo de gestación. Esta gestación, principalmente por el conocimiento de la palabra, será obra de la catequesis. En este sentido se expresará, al principio del siglo IV, el obispo Metodio de Olimpo, que establecerá una comparación entre la formación de los catecúmenos con vistas al bautismo a los que la madre Iglesia “concibe, forma y modela a imagen y semejanza de Cristo” y el tiempo de gestación del niño en el seno de la madre³⁹.

Por todo esto, la Iglesia de los primeros siglos va a considerar el primer anuncio de la palabra por parte de la Iglesia como la sementera del Verbo de Dios, que será siempre sementera de verdadera vida. Después de que los nuevos hijos ya han sido concebidos en su seno, la Iglesia deberá alimentarlos y formarlos, en palabras de San Gregorio Magno: “Después de haber sido fecundada, concibiendo a hijos por el ministerio de la predicación, la Iglesia debe hacerles crecer en su seno por sus enseñanzas y exhortaciones”⁴⁰.

Palabra y sacramento van, pues, a la par. Palabra y sacramento que nos dan a conocer la acción salvífica de Dios y obran salvíficamente en nosotros; que nos engendran en la fe y ayudan a madurar progresivamente en nosotros esa fe recibida. La Iglesia, por la palabra y el sacramento, concibe al cristiano, le nutre en su seno y le hace nacer al Reino de Dios.

Mediante los sacramentos de iniciación Dios acoge y salva al hombre en Cristo, y le hace partícipe de su victoria sobre el pecado y la muerte, introduciéndole en la comunión trinitaria y en la Iglesia, e inaugurando así una nueva existencia.

Mediante el itinerario catequético que precede, acompaña o sigue a la celebración de los sacramentos de iniciación, el catequizando aprende el conocimiento del misterio de la salvación, afianza su compromiso de conversión y adhesión a Dios, de cambio progresivo de mentalidad y de costumbres, y avanza en el aprendizaje de la vida cristiana, acompañado por la comunidad eclesial.

Así pues, en el ejercicio de su maternidad, y mediante el proceso de la iniciación cristiana, la Iglesia concibe, alimenta y alumbra al nuevo ser en Jesucristo. Un nuevo ser nacido vigoroso por el poder del Espíritu y el cuidado maternal de la Iglesia que lo ha engendrado y lo ha constituido capaz de

³⁹ Cf. METODIO DE OLIMPO, *Symposium* VIII,6.

⁴⁰ S. GREGORIO MAGNO, *Moral. Lib. XII*, 9 (PL 76,108).

afrontar los desafíos de la vida cristiana en medio del mundo. Mediante los sacramentos de iniciación, el bautismo, la confirmación y la eucaristía se ponen los fundamentos de la vida cristiana. La participación en la naturaleza divina, que los hombres reciben como don mediante la gracia de Cristo, tiene cierta analogía con el origen, el crecimiento y el sustento de la vida natural. En efecto, el nuevo ser nacido en las aguas bautismales se fortalece con la confirmación y es alimentado en la eucaristía en un camino espiritual o itinerario de fe que gradualmente recorrerá, recibiendo la abundancia de los tesoros de la vida divina y avanzando, ayudado por la comunidad cristiana, hacia la perfección de la caridad⁴¹.

La Iglesia ha recibido de Dios el encargo de comunicar el don de la salvación de Dios a los hombres, y no puede sino transmitirlo sin cesar a lo largo de toda la historia a las sucesivas generaciones. Cualquiera que sean las circunstancias históricas y culturales, favorables o adversas, la necesidad de salvaguardar la transmisión de la fe permanecerá constante en la Iglesia, pues ella es el camino por el que Dios ha querido acercarse a los hombres y es también la vía por la que los hombres han de dirigir sus pasos hacia Dios⁴². A todos los bautizados nos cabe el inmenso honor y la grave responsabilidad de asumir esta misión. Mediante la Iglesia ha quedado restablecido el diálogo de la salvación, y por ello, el don de una nueva vida en Cristo, el don de la comunión con Dios. A través de la Iglesia, y de un modo preeminente por medio de la iniciación cristiana, tiene lugar la acción de Dios en el corazón del hombre y la respuesta de éste a las sucesivas invitaciones de Dios, como lugar de encuentro del amor de Dios que obra en el hombre la salvación.

Resumen.- La realidad de la revelación y de su transmisión, que constituye el centro de la vida y misión de la Iglesia, conforma el objeto de los Planes de Pastoral de la Archidiócesis de Madrid para los años 2000-2001 y 2001-2002. Se advierte, además, en ellos una intencionalidad básica: llevar a la conciencia de todos la esencial relación de unidad que existe entre la profesión de la fe y la celebración de la fe, entre el anuncio de la palabra y la celebración de los Sacramentos, entre la proclamación del Evangelio y la acción salvadora de Dios en nuestra historia concreta. Pues la transmisión de la revelación de Dios en Cristo a través de la Iglesia no es sólo presencia de la verdad y profesión de la verdad de la fe que revela la gracia de Dios. Es también presencia de la misma gracia y comunicación de la gracia en Jesucristo. Al servicio de esta propuesta pastoral, se ofrecen estas consideraciones, reflexionando sobre el fundamento teológico y pastoral de dicha unidad esencial.

⁴¹ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA 1212.

⁴² Cf. RH 10.13.14.

Summary. - *The reality of revelation and its transmission, which constitutes the centre of the life and mission of the Church, confirms the objective of the Pastoral Plans of the Archdiocese of Madrid for the years 2000-2001 and 2001-2002. There is noted in them, one basic intention: to bring to the conscience of all the essential relation of the unity which exists between the profession of faith and the celebration of the faith, between the proclamation of the Word and the celebration of the Sacraments, between the proclamation of the Gospel and the saving action of God in our concrete history. Because the transmission of the revelation of God in Christ through the Church is not only the presence of the truth and the profession of the truth of the faith which reveals the grace of God. It is also the presence of that same grace and the communication of that grace in Jesus Christ.*